

El título lo denuncia claramente: novedad francesa, de esas que ya no lo son ni en la propia Francia. Novedad atrasada, pues. En Buenos Aires, donde reside el autor de las *Harpas*, la semilla arrojada en mala hora por Rubén Darfo sobre el suelo literario ha sido productiva hasta el exceso, hasta el cansancio. *Harpas en el silencio* es uno de los tantos libros con etiqueta parisiense que allí salen á menudo de las prensas, sostenidas por un afán de exotismo que tiene su explicación en la mezcla de razas y de costumbres que se produce con una rapidez y facilidad asombrosas. Eugenio Díaz Romero — autor del volumen citado — ha proclamado la bondad de esa tendencia en un artículo que no recuerdo ahora dónde he leído. Para él, como para la juventud literaria que, con raras excepciones, hizo con el estandarte decadentista lo que los malos escritores franceses con la doctrina naturalista que impuso el maestro de Medan — el único camino para llegar al dominio del arte perfecto, es imitar á los que prescinden de la lógica, de la armonía, de la verdad que surge de la naturaleza para buscar estremecimientos, y misterios, y ansias, y quintaesencias en un juego enrevesado de palabras, en el juego malabar de las más extrañas ideas. El literato ó poeta que no crea y jure en Verlaine debe adorar ciegamente en Mallarmé, y el que no haya levantado en el fondo de su alma un altar perfumado á la memoria de Baudelaire, ha de complacerse en llamarse discípulo ferviente de Regnier. Y la imitación flota, mientras la originalidad, lo que marca la personalidad verdadera, se pierde por completo en el esfuerzo. Entre los más avanzados de estos jóvenes que aún permanecen fieles á la religión del decadentismo, simbolismo, modernismo, etc., etc., introducido por revistas y libros de escasa circulación, Eugenio Díaz Romero es de los más convencidos, sin duda alguna. La buena fe abona la sinceridad que pone en su producción, toda ella cui-

dada, limada, combinada de manera que deje traslucir el ingenio gastado para llegar á ese laberinto de palabras que se sorprenden tanto de verse juntas como un ateo y un creyente que de pronto se encontrarán departiendo amigablemente sobre ideas opuestas en absoluto. La lógica no abunda en las páginas del volumen, pero en cambio sobran las frases retorcidas, los gestos rebuscados, el hastío de una alma que parece cansada de una vida de sinsabores y amarguras que seguramente no ha vivido. Porque yo, aunque no conozco á Díaz Romero, me lo supongo joven, sin dolores, sin inquietudes, con el espíritu abierto á todas las alegrías, y sin más sombra en el alma que la que ha recogido de sus lecturas para envolverse en ellas como en un manto de escepticismo de muy buen gusto literario . . . para los que creen



EUGENIO DÍAZ ROMERO

que el talento sólo brilla cuando maldice ó reniega de las cosas más sanas, ó se finge enfermo de vicios y dudas. Todos los sonidos que arranca á las *Harpas que sueñan en el silencio* — ya que las *Harpas* silenciosas no producen sonido alguno — son quejas, lamentos, canciones á la noche, á la tristeza, á todo lo que tiene algo de doliente y misterioso. Sólo una página llena de luz las pupilas y alcanza á iluminar el espíritu: la proclamación de la juventud, página de poeta saludable, de cerebro robusto, de inspiración fresca. Es lo único notable de todo el volumen, lo que provoca desde los primeros versos simpatías hacia su autor y hace lamentar al propio tiempo el extravío de una inteligencia vigorosa, empeñada en contorsiones que ni como gimnasia se pueden concebir. Después de leer ese trozo magnífico, y de saborearlo como se saborea un buen plato, uno se siente rebelde ante los demás que le sirve el poeta, como si el espíritu, á semejanza del estómago, se relajara con la sola idea de manjares inferiores al digerido con placer. El vibrante canto, que se inicia suavemente, toma pronto proporciones de himno y subyuga cuando dice:

Porque tu brazo, juventud, es firme.
 Porque tu testa, juventud, no es calva.
 Porque tus labios, juventud, no mienten.
 Ni mancillan, ni adulan, ni profanan:
 Porque tú tienes, juventud, la lira,
 Porque tú tienes, juventud, la espada,
 Que vela por el alma de los pueblos,
 Como una evocación sobre una estatua.
 Porque tú eres más bella que la aurora
 Cayendo sobre el mar y la montaña,
 Porque tú, juventud, eres la idea,
 El sol, la hambre, el corazón, el alma.

Habrá, si se quiere, exceso de grandilocuencia en los versos, pero hay espontaneidad, entusiasmo verdadero, perfume del alma. El poeta de raza siente así, tanto con el corazón como con la cabeza. En cambio, no es poeta quien canta á la *Palabra futura*, y dice refiriéndose al pueblo, esto que no parece escrito por el mismo que cinceló aquellos versos.

Él quiere las dulzuras
 Para todos los seres que el Universo crea:
 Quiere que la Esperanza nazca, como una idea
 En todas las cabezas, que no haya quien nivele.
 Los hombres, más que un alma, que es la del mismo, vele.

Es muy posible que dentro de la escuela que imita el autor de *Harpas en el silencio*, esa construcción y esa concordancia sean perfectamente artísticas; pero yo dudo que nadie llegue á suponer que las ideas nazcan en otra parte que en la cabeza y menos á encontrar la necesidad de ese ríspido *vele* aislado, que aparece haciendo ingrata compañía á nivele. Estas extravagancias, que constituyen la principal base del decalentismo, se repiten con una frecuencia abrumadora en todo el volumen de Eugenio Díaz Romero. Ojeo al azar y encuentro en la página 78 este contrasentido:

Una noche no más fuiste mi amante.
 Al fulgor apagado de una lámpara.

Y en la página 82 (Beatitud del silencio), estos pareados sin sentido alguno:

Haz todo eso y mi alma que dos almas nombra.
 Como un fresco jacinto perfumará la sombra.
 Entre cuyos oleajes, silentes, errabundos,
 Van envueltos los sueños del mar y de los mudos!

No concluyen ahí los defectos de *Harpas en el silencio*. Existen de mayor trascendencia, como este, por ejemplo, que luce en la página antes citada:

El Silencio es el padre de lo azul y lo surte.
 El Silencio es un padre serenamente grave.
 Del Silencio han surgido luminosas diademas
 Y sueños y visiones, y dudas y poemas.

El silencio no ha sido, en tiempo alguno, ninguna de las cosas que dice el poeta, y, de serlo caería en una inconsecuencia imperdonable, porque después de ser padre grave y sereno, se convertiría al propio tiempo en fuente de sueños, de visiones, de dudas, etc., etc. Ó lo uno ó lo otro. Pertenecen al mismo género de poesía extravagante, los pareados de las páginas 90 y 91, que dicen así:

¿Quién que en tu pecho muriera mi agonía,
 ¿Quién que verte triste, descurrada (1) y tría.

Las pupilas (2) de tus hombros surgen como dos poemas (3);
 Y tus senos erectos como blancas palomas (4).

Mi amor á tí está lleno de una lujuria santa.
 Tu carne es como el bronce, encendiéndose, canta.

Y no transcribo más rarezas, porque sería transcribir el volumen todo. Es de suponer que Eugenio Díaz Romero, cuyo talento se trasluce en la composición titulada *Proclamación*, y que es, repito, obra de poeta, no crea firmemente en la bondad de la escuela á que permanece fiel, porque semejante suposición importaría para él el desconocimiento completo del valor de la palabra, de las reglas más elementales del lenguaje y de los principios más rudimentarios de lógica. ¿Que nada de esto es moderno? Es lo que dicen algunos, pero no todos los que sienten con fuerza el arte. Verlaine, y Mallarmé, y Regnier, y Baudelaire y demás príncipes de la literatura francesa, que los impotentes calificaron de diversas maneras para acogerse á su sombra bienhechora, alcanzaron una aureola de celebridad que perdurará durante mucho tiempo, porque disponían de talento vigoroso y de originalidad suficiente para marcar con sello profundo cualquiera de sus creaciones. Para ellos, la savia propia fué su única escuela. No son, por otra parte, las modas efímeras las que hacen al artista, ni menos esas tendencias que surgen sin más fundamento que el de la necesidad que sienten unos cuantos de erguirse, aún con sacrificio del gesto, para lograr una caricia de la multitud indiferente. El arte verdadero, no ha tenido ni tendrá más fuente de inspiración que la vida, y la vida no se estudia en las obras de los demás, sean maestras ó detestables, porque pretender arrancar verdades y bellezas á través de temperamentos diferentes á los nuestros, sería lo mismo que pretender que los médicos, por ejemplo, diagnosticaran la enfermedad de un sujeto auscultando á otro. Los que han nacido con talento, como Díaz Romero, deben sacudir de sus hombros los preconceptos y gustos adquiridos en los momentos de inconscientes entusiasmos, para definir su personalidad y afir-

marla sobre cimientos sólidos. Lugones es un ejemplo de la excelencia de esa doctrina.



Carlos F. Sáez.

Y ahora á la nota triste: á dedicar dos palabras á la memoria del artista muerto la semana pasada, en plena juventud, cuando sus aspira-



CARLOS F. SÁEZ

ciones estaban cercanas de la realidad y sus ensueños de niño próximos á convertirse en obras de hombre. La muerte fué cruel, tremendamente injusta con ese espíritu refinado, que parecía elegido por el destino para brillar con fuerza en el mundo, y que desapareció de improviso, llevándose al sepulcro todas sus ambiciones de gloria, todas sus esperanzas de artista, todos los arrebatos nobles de su juventud. Los que lo conocimos y estudiamos en sus bondades y en sus defectos, sabemos todo lo que su muerte importa para el porvenir del arte, y todo lo que el país pierde con su ausencia eterna. No era un genio, ni menos uno de esos caracteres extraordinarios que se imponen de la noche á la mañana por la revelación de un poder extraño, pero tenía en

sus veinticuatro años apenas cumplidos, en su cerebro todavía vacilante y en su alma sensible á todo lo bello, cualidades de sobra para llegar á un futuro luminoso, pródigo en conquistas y satisfacciones. A Italia fué un día en busca de ambiente templado para su temperamento de artista, y al regresar, formado casi, sediento de triunfos, dispuesto á luchar sin tregua, la muerte le sorprendió y le abatió rápidamente, volteándolo, como á un vencido, ¡trónica recompensa reservada por la fatalidad á su juventud sacrificada, que arranca una protesta á los más fuertes y una lágrima á los más indiferentes!... No alcanzó siquiera el placer de apurar toda la alegría del éxito, ni el de descontar por anticipado los más sólidos que el porvenir le reservaba. Apenas si llevó de su breve pasaje por el mundo el recuerdo de la sorpresa que produjo con la exposición de las obras traídas de Italia y del aplauso entusiasta con que el público y la crítica acogieron su presentación. Después nada: un premio del Ateneo por un simple *affiche* y el desconsuelo de sentirse impotente, mordido ya en lo hondo por la fatal dolencia, para dar forma real á sus propósitos de trabajo constante, de perfeccionamiento, de afianzamiento de su inteligencia vivaz, estremeada por el afán de amplitud que sentía desde niño y que exigía una gimnasia severa para ser dominada y vencida. Y así se extinguió, soñando siempre, con la visión radiante de un arte supremo en la retina y en el alma la tristeza infinita de deseos ardientes no cumplidos... Puede, sin embargo, dormir tranquilo el artista infortunado. Si la muerte impidió que su talento alcanzara las proporciones justas que prometía, ahí quedan, para salvar su nombre del olvido, las telas que manchó su pincel con notas vibrantes de color y rasgos firmes de línea, y en las cuales podrán estudiar las generaciones, como en un libro abierto, toda la debilidad de su espíritu, todo el vigor de su temperamento, toda la claridad de su cerebro...

EDUARDO FERREIRA.

LA CIUDAD MASTODONTE

El último censo fija en seis millones y medio el número de habitantes de Londres, y un aumento anual de población de 80,000 almas. Se calcula que en la capital de Inglaterra ocurre un nacimiento cada tres minutos y una defunción cada cinco.

Londres cuenta en su recinto más judíos que la Palestina, más escoceses que Edimburgo, más irlandeses que Belfast, y más católicos que Roma.

La longitud total de sus calles es de trece mil kilómetros.

El 31 % de la población de la metrópoli inglesa carece de medios conocidos de subsistencia. Los registros de la policía contienen los nombres de 220,000 criminales *de profesión*.

Londres consume anualmente 400 mil bueyes, millón y medio de certeros, ocho millones de volátiles, 400 millones de libras de pescado, 500 millones de ostras y 500 millones de litros de cerveza.